

En memoria de Andreas Karandonis, crítico y poeta*

Georgios Hurmuziadis

Hoy se cumple un año de la muerte de Andreas Karandonis, uno de los más grandes críticos de las letras neohelénicas e, indudablemente, el más notable de la poesía neohelénica; poeta él mismo, también.

Aun cuando escribió ocho colecciones poéticas, podemos decir, comparándolas con los veinte y tantos voluminosos tomos de crítica que nos dejó, que sacrificó el poeta al crítico con el seguimiento, el estudio y la evaluación de la creación intelectual de un período amplio de las letras neohelénicas, que se extiende por cincuenta y más años.

Era apenas un adolescente de 20 años cuando publicó su primer libro de crítica *En torno a la obra de Kostís Palamás*. A la edad de 26 años dirige la revista "Letras Helénicas", que marcó época. Poco después Karandonis estudia la primera colección poética de Jorge Seferis, la *Estrofa*, la analiza y la saluda, tanto en su revista como también mediante un libro aparte, como un hito significativo y una gran promesa para la renovación de la poesía neohelénica. Luego de unos pocos años hizo lo mismo con el primer libro de Odiseo Elytis, *Orientaciones*.

Hoy todos reconocen que si bien los portadores del surrealismo en Grecia son Empíricos, Engonópulos, Seferis y Elytis, el que interpretó la obra de ellos, la hizo accesible al lector heleno y abrió el camino para el Premio Nobel a los dos últimos, es Andreas Karandonis.

Hombre modesto y profundamente cultivado, Karandonis evitaba la figuración y todo alboroto en torno a su nombre. No persiguió posiciones, a las que tenía derecho, ni en el Ministerio de Educación ni en el de Cultura. Solamente mediante el logos impreso se comuni-

*Traducción del griego por Fotios Malleros K.

caba con sus lectores y por la radio, donde por muchos años mantuvo la crítica de libros.

Cuando aún vivía, en la Academia de Atenas se propuso la fundación de una cátedra de crítica y que Karandonis fuera el primero en ocuparla. Sin embargo, la materialización de este hermoso proyecto no lo alcanzó en vida.

A Karandonis lo conocí cuando yo tenía 16 años de edad, en el último curso del Liceo 9 de Hombres que funcionaba en la Plaza Kumunduro, en un edificio muy antiguo hoy demolido. Los tres primeros cursos de las humanidades de cuatro los había sacado en la Escuela Constantinidi, en la avenida Alexandras, pero queriendo yo egresar diplomado de liceo público, me matriculé en el Liceo 9 de Atenas. Cambio de lugar, pero sobre todo de ambiente, que pagué muy caro: cuarenta alumnos cabíamos con dificultad en la sala de clases de limitadas proporciones, y esta aglomeración era causa de que el profesor no pudiera imponer en la clase la disciplina necesaria. El mal empeoraba en los recreos, cuando los cuatro cursos bajaban al patio microscópico del liceo a entretenerse, cien vivaces mocitos y otros tantos indisciplinados jóvenes.

Por más que parezca increíble hoy día, en aquel tiempo el promedio de altura de los adolescentes de Atenas alcanzaba a casi un metro sesenta y cinco. Fácil por tanto imaginarse no sólo la curiosidad que provocaba sino las molestias y las burlas que seguían a la presencia en el patio de un joven que, como yo, los pasaba por una cabeza entera y que tenía, además, la desventaja de la pronunciación extranjera. Los “baja a comer”, “hace frío ahí arriba” y otros dichos semejantes me convencieron —tras haber dado y recibido muchos puñetazos y patadas— que era preferible que no bajara al patio en los recreos.

Grande fue mi sorpresa cuando, el día que permanecí en la sala de clases, verifiqué que otro más, antes que yo, había tomado la misma decisión. Era un joven rubio, de ojos azules y tan fino, que nadaba en sus ropas. Su conducta reservada y sus maneras, en general, habían despertado desde el primer momento mi simpatía. Estaba sentado en su pupitre con dos o tres libros delante suyo y leía. Supuse que se preparaba para la clase siguiente y me acerqué a él. “No —me contestó—, estoy leyendo poesías, las Patrias de Palamás”. Y me mostró la *Vida inmóvil*, los *Altares* y la *Flauta del rey*.

En pocos días, dos condiscípulos míos más, Kostas Stamatiadis —que desde hace años vive en Australia— y Nicolas Ioannu —de quien no he podido encontrar rastros— preferían, a los gritos y las discusiones del patio, los “seminarios literarios de Karandonis”,

como los habíamos bautizado. Porque Karandonis no se limitaba solamente a leernos versos y muchas veces prosa —Karkabitsa, Papadiamandis— sino que nos ayudaba, además, analizándolos para que descubriéramos también la belleza oculta y su significado más amplio.

Aguardaba los “seminarios de Karandonis” con el mismo interés con que seguía yo la clase de “griego” de nuestro rector Jorafás, autor de los textos de historia que se utilizaban en aquel entonces en los liceos. Jorafás era un famoso helenista, cultor de nuestra civilización antigua, y esta era una de las razones por la que mi apoderado —el posteriormente académico Jorge Megas— insistiera en que me matriculara en el Liceo 9.

Para muchos de nosotros las clases de Jorafás transformaban en verdadero festín espiritual los textos de nuestros antiguos escritores. Era el curso más disciplinado de todos, porque la enseñanza de Jorafás verdaderamente nos electrizaba. Era adorante de la patria, asimismo, nuestro rector y a menudo solía hacer comparaciones retrospectivas de la nueva Grecia con la antigua, y viceversa, para subrayar las virtudes y también las debilidades del carácter helénico, percibiéndolo como inalterable a lo largo del tiempo, igual que el medio geográfico y el ambiente de nuestra patria, a la que también veía invulnerable a través de los siglos. Jorafás marcó con su culto patriótico el alma sensible del joven Karandonis, y esta influencia la advertimos en la totalidad de su vasta obra. Jamás olvidaré la impresión que me produjo la admirable composición que hizo Karandonis en la clase acerca de la “exposición de las ideas”, a base del tema dado por Jorafás sobre el verso 211 de la rapsodia VI de la *Iliada*: “De esta generación y de tal sangre me enorgullezco de ser”; como tampoco olvidaré los aplausos de todo el curso cuando Jorafás llamó a su lado a Karandonis para que nos leyera su exposición en voz alta.

Pienso ahora que este verso homérico podría servir de emblema a la obra entera de Andreas Karandonis.

El amor de nuestro rector por la Hélade, que él insufló asimismo en mi alma, sirvió también de guía a mi vida y logró finalmente traerme de nuevo a la patria después de prolongada estadía en el extranjero. Unos cuantos detalles sobre nuestros años liceanos ofrece Karandonis en el prólogo que escribió para mi libro de ensayos, *Vigilancias*.

A nuestro egreso del liceo siguió una separación de cuarenta años. Yo de nuevo al extranjero y Karandonis entregado con toda su alma al descubrimiento de Grecia y a su gran amor, las letras. El me había perdido totalmente, en cambio a mí se me daba de vez en cuando la

oportunidad de seguir su trayectoria: siempre caía en mis manos un diario o revista con alguna poesía suya, un relato de viajes, un estudio suyo de crítica. En mis cortos viajes a Grecia —con los días y las horas contadas— quise encontrarlo, pero nunca lo conseguí.

Pasaban los años, llegó la guerra y el período creador de postguerra con Karandonis subiendo siempre más alto. Allá lejos donde vivía leí por casualidad dos o tres libros suyos de críticas y de ensayos (*En torno a Palamás* (1932), *Temas de nuestro tiempo* (1950), *Introducción a la poesía moderna* (1958)), los que me convencieron que Karandonis había ganado con su espada una posición destacada en las letras neohelénicas. De sus páginas brotaban conocimientos y experiencias grandes, florecimiento estético genuino, interés verdadero por la obra criticada, respeto por la persona de su creador, excepcional capacidad analítica y comparativa, recursos y requisitos indispensables para que un crítico pueda llegar a apreciaciones correctas y conclusiones sin errores. Además Karandonis tenía a su haber —y esto le confería especial prestigio y brillo a mis ojos— el estudio, la interpretación y su conocido gran consejo en la divulgación de la obra de dos poetas nuestros que constituían —y constituyen los pilares de la poesía helénica contemporánea: de Seferis, que dos o tres años antes había ganado el Premio Nobel, y de Elytis, de quien muchos creían que lo ganaría en seguida.

Así estaban las cosas cuando me llegó a mi también el turno de repatriarme para una permanencia definitiva en la patria, después de cuarenta años en el extranjero. Era mi anhelo vehemente encontrar lo más pronto posible a Karandonis. Una fuerza incomprensible, empero, hacía que dejara pasar el tiempo sin que lo decidiera. Obtuve, sin embargo, informaciones y sabía dónde frecuentaba. Por fin, después que pasaron dos años, y ya que había entretanto publicado bastantes estudios en “Nea Estía” y en la prensa ateniense —los que me ayudaron, parece, a vencer cierto complejo mío— un mediodía abrí la puerta de “Apotsu”, que estaba todavía en el antiguo edificio de la calle Estadio —un año más tarde lo demolieron— y pregunté en la caja si se encontraba ahí Karandonis. Me mostraron una mesa al fondo de la estrecha y larga planta baja. Me acerqué y dije mi nombre. Un hombre gordo, de abdomen abultado y cara redonda saltó de su silla. “¡Hola, Hurmuziadis —me dijo—, te veo como Lázaro resucitado! ¿Dónde estabas tantos años?”. Y después que nos hubimos abrazado: “Te voy a presentar a mis compañeros. Te conocen porque te leen y yo también les hablé sobre ti: Jorge Katsímbalis, Alexandros Baras, Dimitris Antoniu, que también sabe español, Dimitris Papaditsas... Dentro de poco van a venir otros más...”.

Mi emoción era grande, naturalmente, pero no le daba crédito a mis ojos. ¿Cómo era posible que ese hombre gordo, de tanta corpulencia, fuera la misma persona que aquel fino condiscípulo mío que nadaba en sus ropas, en el último curso del liceo? Sólo su mirada azul y sus inspiradas palabras que, como en nuestros años escolares, esperaban el desafío para transformarse en logos poético, me convencieron de que tenía ante mí a mi antiguo condiscípulo, a Andreas Karandonis.

Pese a todo mi intenso deseo de encontrarme a menudo con Karandonis, durante los años de mi permanencia en Atenas no lo vi sino contadas veces. Unas dos veces en la taberna de Zafiris del barrio de la Placa —que cerró un poco más tarde— y algunos mediodías en Zonar's de la calle Bucarest, donde frecuentaba el grupo de Katsimbalis, que se disolvió también tras la muerte de éste. La causa no era ya la falta de tiempo, como en los años de mi juventud, sino las consecuencias de la tercera edad. Tenía, sin embargo, bastante tiempo a mi disposición para leer casi todos sus libros. Una gran parte de la imagen que me he formado sobre las letras neohelénicas se la debo a ese estudio. Entretanto, de todos los libros de Karandonis, el que más me llamó la atención y releí muchas veces, es el más breve, tal vez, pero también el más representativo —según mi opinión— de su valiosa obra. Igual que los *Yambos* y *Anapestos* en el mar del logos poético de Palamás. En *Personal*, que escribió en la isla de Mikonos en el verano de 1975, el crítico Karandonis da la mano al poeta Karandonis y los dos juntos filosofan acerca de la vida en esta isla cosmopolita, en esta Corinto antigua, donde la *Lais* de hoy pasea casi desnuda, con su “traje de baño que se ha reducido a una forma de portafolio que oculta el tesoro de su pubis”... “Elevan himnos a la poesía, que es “el hálito de Grecia”, y componen un ditirambo que es simultáneamente una especie de apología del que fue, según parece, el segundo gran amor, al tiempo que el nudo gordiano de Karandonis, el surrealismo.

El motivo para escribir *Personal* se lo dio el tomo *Poesía 2* de Dimitri Papaditsas, del mismo modo que motivó para escribir sus pensamientos y el primero para familiarizarnos con los secretos de esta Escuela, se lo dieron las colecciones *Estrofa* de Seferis y *Orientaciones* de Elytis. *Personal* no lo escribió, naturalmente, para repetir después de decenios enteros viejas ideas y opiniones, sino para agregar nuevas y para confesarnos, siempre indirectamente, cómo y por qué el surrealismo “que no ha sido sobrepasado aún”, terminó siendo su credo poético.

Para Karandonis, todos los modernos experimentos tendientes a

dejar de lado y reemplazar el surrealismo, incluso el racionalismo moderado y las demás tendencias vanguardistas, no lograron su propósito. Huellas del surrealismo encontramos hasta en nuestros poetas contemporáneos más emancipados, incluso en el reciente herético Elytis. Y esto porque el surrealismo es el más bello vuelo de la imaginación humana, y porque corresponde a una necesidad más honda del espíritu humano. El nos enseñó a ver y a descubrir en todas partes un sueño, incluso en las cosas más modestas, las más usuales y las más feas de la vida. ¿Ilógico? ¡Sí!... ¿Pero qué cosa en la vida no está cargada de lo ilógico y lo incomprensible? La naturaleza helénica, el Egeo con sus islas, y esta “fiesta de inmortalidad” terrestre y carnaval, donde se mezclan los dioses con los mortales, ¿qué otra cosa es sino una forma de realidad surrealista? Sobre todo el verano, cuando llega a su apogeo “la feria de los locos”. Por eso también en Grecia, donde encontró terreno propicio, el surrealismo floreció y fructificó tan espectacularmente; en tanto que en la Inglaterra de la bruma y de los *logicians* “nació muerto”.

Por eso, pues, en la Hélade de la luz, del ensueño y de la naturaleza ilógica, el septuagenario surrealismo vivirá y sobrevivirá a su época. Es de los muertos “que no mueren totalmente”. Es el volcán “que aunque duerma humea”. Y Karandonis cree que una nueva erupción no demorará, si es que ya no ha ocurrido. El surrealismo, “como intento del espíritu por huir de su esclavitud y por la liberación del pensamiento”, es imposible que se apague.

La poesía de todos los tiempos estaba atada a las experiencias históricas y sociales del hombre. El surrealismo, mediante la síntesis de lo empírico y del elemento onírico y con su penetración vertical en el espacio del subconsciente, descubrió una nueva realidad. Tal como en la naturaleza, así también en los asuntos humanos, “todo fluye”. Las matemáticas, las ciencias atómicas, la electrónica, han creado nuevas formas de vida, que necesitan nuevos estilos para expresarse. El surrealismo, que extiende sus tentáculos a todas las expresiones orgánicas e inorgánicas de la vida, siguiendo su continuo fluir adoptó para expresarla la terminología científica contemporánea. Se encuentra así al comienzo de la creación de una nueva poesía, que sería también su nueva explosión.

En el límite que divide lo reciente y ya antiguo-nuevo y lo actual-nuevo se encuentra Dimitris Papaditsas. Es el poeta heleno y tal vez el primero que no sólo se traslada con facilidad desde las experiencias históricas y sociales hacia las de la tecnología, de la ciencia y de la biología, sino que se sumerge también y trata con el misterio del subconsciente pidiendo descubrir la esencia original de la vida. Una nueva poesía que “apenas despunta”, pero que “cuando amanezca

definitivamente” justificará la bella metáfora de Karandonis de que el volcán del surrealismo no ha cesado de humear.

A favor de Papaditsas y para interpretar esta nueva poesía, cuyo baile lo dirige este amigo suyo cordial, Karandonis escribió *Personal*, del mismo modo como en los comienzos del surrealismo escribió un libro sobre Seferis y otro más sobre Elytis. Hagamos votos por que tenga la misma intuición profética que tuvo con los dos *nobelistas* nuestros.

Karandonis cierra *Personal* incluyendo tres poesías —de poetas nuestros— dedicadas al padre del surrealismo, André Bretón. El primero es de Andreas Empíricos, el segundo de Dimitris Papaditsas, y el tercero del otro Andreas nuestro, o sea, de Karandonis. Es la única ocasión, me imagino, en que el sencillo y modesto Karandonis, analizando poesías ajenas, se deja llevar para hacerlo también con una propia. Me habría extrañado esta inclinación suya si no hubiera adivinado la causa. Y adivino la causa porque casualmente me encontré en un acontecimiento curioso (¿por qué no ilógico?), que mi memoria con frecuencia me hace presente: un mediodía de la primavera de 1974, pasando por Zonar's, me detuve a saludar a Katsímbalis, que almorzaba solo en una mesa. (Era temprano y sus amigos no habían llegado todavía). “Siéntate para ofrecerte un vino”, me dijo, y me preguntó: “¿Leíste el poema de Karandonis en el último número de «Nea Estía»? Tonterías, necedades, puras palabras. Dile estas cosas a tu amigo, esta no es poesía...”. Y las repitió, con su conocida rudeza, al mismo Karandonis, que había llegado mientras tanto. Aquél sonrió, cambiando de tema. Y solamente cuando estuvimos en la calle, me dijo: “No me he divorciado yo de la poesía, sino cuantos no saben leerme. No esperaba esto de Katsímbalis”. Nos separamos con el sensible Karandonis, de todas maneras herido, estoy seguro de ello.

Leyendo el poema de Karandonis, el dedicado a Bretón, confieso que me pareció invertebrado y oscuro en muchos detalles. Sólo cuando leí el análisis que él mismo hace de esta poesía suya, vi brillar ante mí toda su belleza, como asimismo su sólida coherencia. Muchos poemas de Karandonis se parecen a la piedra amatista, para ver cuyos cristales policromos debes entrar mentalmente en ella o romperla en pedazos. ¿Quién va a querer asumir el pesado y trabajoso esfuerzo de “desmenuzar” la poesía de Karandonis al apurado, impaciente y no preparado lector de sus ocho colecciones poéticas?

In memory of Andreas Karandonis, poet and critic

Georgios Hurmuziadis

Andreas Karandonis, who died in 1982, was one of the most outstanding critics of neo-Hellenic literature and, without a doubt, the best of neo-Greek poetry. Being himself a poet, author of eight poetical collections, he preferred to devote himself mainly to literary criticism, genre in which he wrote more than twenty thick volumes spanning a period of over fifty years of contemporary Greek literature. "It is a widely acknowledged fact that although the bearers of surrealism in Greece are Empiricos, Engonópulos, Seferis and Elytis, he who interpreted their work, making it accesible to Hellenic readers, and opening the way of the two last to the Nobel prize, was Andreas Karandonis". Endowed with an exceptional analytical and comparative capacity, and being himself a deeply cultivated man, our critic ended up adopting surrealism - "which has not as yet been surpassed" - as his poetical creed. According to Karandonis, modern experiments which have attempted to replace surrealism, have not managed to do so, because it is the most wondrous flight of imagination, and which answers to a deep spiritual necessity in leading us to discover a dream in even the most trivial facts of life. This is particularly valid in the case of the luminous Hellas, of dream and illogical nature, in the country in which the gods mingle with mortals. "The poetry of all times was bound up together with the social and historical experiences of man. Surrealism, through a synthesis of the empirical and of the onirical element, and with its vertical penetration into the space of the subconscious, discovered a new reality. As in nature, as well as in human affairs, 'everything flows'. Mathematics, the atomic sciences, electronics, have created new forms of living that need new styles of expression. Surrealism, that extends its tendrils towards all organic and inorganic expressions of life, following its continuous flow, adopted contemporary scientific terminology in order to express it. It is thus found at the beginning of the

creation of a new poetry, which was also to be the new explosion of the surrealist volcano”.

Henry Lowick-Russell